

Academia de Buenas  Letras de Granada

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. DON ESTEBAN DE LAS HERAS BALBÁS

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA
COMO ACADÉMICO NUMERARIO

Y

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON JACINTO S. MARTÍN MARTÍN

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
EL DÍA 27 DE ENERO DE 2014

GRANADA
MMXIV

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada

Apartado de Correos 1013

18080 GRANADA

<http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org>

Imprime: Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S.L., Granada

Depósito Legal: Gr-185-2014

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. DON ESTEBAN DE LAS HERAS BALBÁS

Oficio de Vísperas

Excmo. Sr. Presidente
Excmos. e Ilmos. Sres. y Sras. Académicos
Señoras y Señores:

ANTES de comenzar mi discurso, el corazón manda y la cortesía obliga a mostrar mi sincero agradecimiento por el inmerecido honor de haber sido elegido como miembro de esta noble institución. Que de ello quede constancia.

El tercer milenio y el desarrollo de las nuevas tecnologías han trastocado de tal modo la vida cotidiana que el sistema de relaciones y costumbres que nos servía para la convivencia ha pasado al desván de lo caduco, donde el polvo y el olvido le sirven de mortaja. En apenas treinta años han cambiado profundamente las naciones, los mapas, las familias, los transportes, la casa y la enseñanza; el trabajo y el ocio; alimentos, costumbres, horarios y rutinas. De aquel mundo que se nos antojaba permanente sólo quedan recuerdos, cachivaches y la memoria del tiempo que el salmista dejó escrito en honor de Yahveh para invocar su nombre cuando llega la tarde.

*Al recordar el pasado,
me dejo llevar por la nostalgia:
¡cómo iba en medio de la multitud
y la guiaba hacia la Casa de Dios,
entre cantos de alegría y alabanza,
en el júbilo de la fiesta!*
(Versículo quinto del Salmo 42)

Muchas veces, en estos turbios años, me he acordado de aquella tarde inolvidable junto al ciprés del claustro

de Silos y, más tarde, el canto gregoriano en el templo que para su desventura levantó Ventura Rodríguez sobre los cimientos de la primera iglesia románica. Porque los Oficios de Vísperas son los del alma angustiada que pide auxilio a la divinidad cuando se ve desnortada. La ansiedad, la incertidumbre y la zozobra se mezclan con los recuerdos jubilosos de un pasado que nunca ha de volver. Es la constante eterna del anhelo por recuperar la edad de oro, la fuente de la eterna juventud, la imaginaria Arcadia, el paraíso de las tres religiones. Esa obsesión por recobrar el tiempo dorado y perdido se agudiza cuando los cimientos del tiempo presente han perdido su solidez y amenazan con derrumbarse.

Son las Vísperas tiempo de melancolía y también de angustia y congoja; horas de inquietud y desánimo, pero no llegan a ser el Oficio de Difuntos como el que, afligido y temeroso, preparaba el padre Solana en la novela homónima de Arturo Uslar Pietri para el funeral del dictador venezolano Aparicio Peláez –trasunto del dictador Juan Vicente Gómez Chacón–, una obra en la que pinta la historia de su país, repetida casi miméticamente en nuestros días con Hugo Chávez y Nicolás Maduro, y que es una más dentro del amplio repertorio de novelas y escritores que se ha nutrido en las vidas de los nuevos césares alimentados por el militarismo endémico en la América Latina.

Una constante en la literatura es la reconstrucción del tiempo perdido, el anhelo por sobrevivir a los sueños. Ahora, en estos años turbulentos en los que aquello que era sólido se ha derrumbado, como nos recuerda Antonio Muñoz Molina, parece como si todo tuviera un aire provisional, caduco, efímero, como de cambio de época histórica o de

profunda crisis de la sociedad, si nos fiamos de los vaticinios de quienes estudian el comportamiento de las gentes.

En su *Gramáticas de la creación*, George Steiner nos dice: “Hoy en día, en las actitudes occidentales [...] los reflejos, los cambios de percepción pertenecen al mediodía y al atardecer. En la cultura occidental ya han existido sensaciones anteriores del final y fascinaciones por el ocaso. Testigos de la filosofía, de las artes, historiadores de los sentimientos señalan ‘los tiempos de clausura en los jardines del Oeste’ durante las crisis del orden imperial romano, durante los temores al Apocalipsis cuando se aproximaba el Año Mil, en el comienzo de la Peste Negra y en la Guerra de los Treinta Años. Estos movimientos de decadencia, de luz otoñal y desfalleciente siempre se han unido a la conciencia de los hombres y mujeres de la decrepitud, de nuestra común mortalidad”.

Steiner ha influido notablemente en el discurso intelectual europeo desde los años sesenta del pasado siglo. Desde que comienza a sentirse “un cansancio esencial en el clima espiritual del fin del siglo XX”; cuando se alargan las sombras que nos hacen doblarnos hacia la tierra, pese al hecho evidente de que el tiempo y la esperanza de vida aumentan. Va desapareciendo aquella idea suya de Europa como un café, donde se escribe poesía, se conspira y se filosofa. Aquí, en Granada, se salvó el edificio del Suizo, pero desapareció aquel salón que acogía el ambiente cultural, artístico y político de la ciudad.

En la hora presente, cuando los más pesimistas o los más engolados, siguiendo a Umberto Eco, afirman que estamos entrando en una nueva Edad Media; ahora que sentimos cómo un sistema de vida está tocando a su fin,

cuando las letras, su estudio y su profesión andan tan mal paradas –si bien esta ha sido una enfermedad crónica en todas las épocas–, ahora que el mundo editorial se asoma aterrado a los ventanales del nuevo día con el temor de que sea el último de su actividad; cuando los periódicos están en esa profundísima crisis de identidad a la que les ha llevado la voracidad y la soberbia de algunas empresas, dominadas por una arrogancia desmesurada, alucinadas por el mito de las nuevas tecnologías... Ahora que todo esto ha abierto las compuertas del miedo y la inseguridad en el trabajo dentro de las redacciones, cuando la sobrecarga de tareas exige un esfuerzo titánico a los informadores para mantener la coherencia, dignidad e independencia de los medios; en esta hora es cuando al rayar el alba, con la tinta aún fresca en sus páginas, repaso el periódico y me parece estar leyendo a los Alonsos de Ercilla del siglo XXI que, sobreponiéndose a las adversidades que martirizan su espíritu por la precariedad laboral, no dejan que se ahogue su profesionalidad, mantienen su independencia y van dando cuenta puntual de un mundo que agoniza. Son los últimos quijotes del periodismo, que tienen ya al enemigo en casa. Se les ha infiltrado con las nuevas tecnologías, con las modernas redes sociales, con el pandemónium de Internet.

El periodismo había logrado convertir el mundo en una aldea global. Los medios de comunicación se configuraban como factorías de ideas provenientes de su entorno y del exterior, que eran procesadas con celo profesional para hacer partícipe a la comunidad de los problemas, inquietudes, angustias y logros de la misma. Para los profesionales, al menos los profesionales de la época –que ahora viven su atardecer, sus Vísperas–, la libertad y la independencia han

sido siempre su bandera. Más que el cuarto poder era el contrapoder. Para el lingüista y filósofo Noam Chomsky, el papel de los medios de comunicación debe atenerse a estos dos principios: ofrecer una información completa, limpia e imparcial y mantener su misión de vigilantes para evitar que quienes ostentan el poder atenten contra las libertades básicas de los individuos.

Sin embargo, hay medios que quieren mantener al público alejado de los verdaderos problemas de la sociedad y lo entretienen con bagatelas. No me gusta en demasía el periodismo de muletas, que es aquel que practican quienes, para fortalecer sus argumentos, se apoyan en textos de otros escritores o filósofos –a los que conceden el principio de ‘auctoritas’–, pero a veces es necesaria la cita y por eso traigo esta que publicaba Arcadi Espada el 12 de octubre del pasado año en *El Mundo*, refiriéndose al diario liberal *El Sol* del primer tercio del siglo XX: “Como negocio y como producto intelectual, vivía de una sutil trama de relaciones comerciales y culturales que es la que define el periódico moderno y que puede resumirse en esa corrupción feliz de que lo más leído ayuda a financiar lo mejor dicho. Esa interesante trama que el submundo digital está despellejando y sin la que tal vez ni Olariaga ni Ortega habrían podido llevar a cabo su objetivo intelectual. Y que, desde luego, no es la trama exclusiva del periódico sino del sistema cultural genérico que empieza a imprimirse con Gutenberg”.

A los espíritus nostálgicos, sensibles y educados, este ocaso, este canto de cisne, este estertor, catarsis y derrumbe, se les antoja una época soberbia para conocer las debilidades del ser humano. Es el tiempo de los perdedores y de las

derrotas, el mismo que les tocó vivir a los troyanos frente a los aqueos; a los nazaries frente a los castellanos, o a las tropas de Rodrigo en las márgenes del Guadalete. Es una etapa épica la que acompaña a los grandes cataclismos y que luego otros Homeros y Virgilibios, para evitar el olvido, van componiendo con el lenguaje de los dioses y los lamentos de la edad de oro perdida, con la grandeza de lo efímero y la permanente crueldad del ladino y bellaco que se hospeda en las sentinas del alma humana. No podemos cerrar los ojos ante la evidencia de que la sobriedad, la gallardía, la ética y la solidaridad son valores en franco retroceso y la confirmación de su pérdida produce en el ánimo una infinita melancolía al recordar aquellos buenos días perdidos.

El tiempo es cíclico e invariablemente se repite; los meses del calendario y los minutos de los relojes son una falacia, porque el tiempo siempre es el mismo y nunca pasa. Pasamos nosotros, tontivanos y engreídos, que gastamos la vida persiguiendo quimeras y ‘whatsapp’, mientras asistimos impertérritos a la nueva ruina de Nínive, olvidados del salmista del libro de Nahum que nos avisa de que han desnudado a la reina, que “sus servidoras lloran y gimen como palomas y se dan golpes de pecho” y que “Nínive parece un estanque de aguas, pero de aguas que se van”.

El tiempo nos marca a todos. A los nostálgicos y manriqueños los hace mirar hacia atrás; a los mostrencos hacia el presente y a los inquietos y visionarios hacia el futuro. Nadie puede atrapar el tiempo, porque sería como intentar atraparse a uno mismo. Anochece en la edad de hielo de la vejez y amanece en los lloros de una cuna, pero siempre permanece inaprensible, inconsútil, volátil

como los segundos, festivo como los minutos, bufón como las horas.

En este tiempo de modernos Boabdiles y redivivos pensadores ganivetianos, siempre doloridos y siempre pesimistas, añorantes de un mundo inaprensible, muchas veces soñado, entrevisto en la niñez y sin remisión perdido, es cuando se oyen los lamentos de otros Boecios que, ante la ruina de la nueva Roma, cual es esta Europa que tan sólida parecía, se devanan los sesos buscando una razón ante tanto desatino como nos rodea, en el que vemos triunfar a los malvados y truhanes, mientras se hundén los justos, que, al comprobar tal desafuero, sólo encuentran consolación en el desencanto, la decepción y la apatía.

Es indudable que estamos llegando al final de una era; que somos los últimos que vimos el girar de la rueda y el arado romano; la colada en el río y las bestias de carga; el agua en los aljibes y la mies en los trojes. Pero no quiero que estas líneas parezcan unos apuntes para el ya descartado Oficio de Difuntos de un sistema de vida y del tiempo que marcó el paso por la tierra de nuestra sociedad en los últimos sesenta años. Es más bien un viaje por esos canales imprecisos de recuerdos donde aparecen unas pequeñas capillas de madera, talladas en estilo neogótico, con un santo o una virgen en su interior y que marchan de casa en casa para recibir una limosna en su ranura y unas horas del tímido fulgor que aporta la lamparilla de aceite; iconos de la fe de nuestras madres, recuerdos de aquel tiempo de penurias, que rotaba entre escarchas y aquilones; de pobres azotados por el hambre, con capotes de guerra atestados de piojos, que atajaban por trochas de fango o sendas polvorientas para llegar con luz a la

pobrera, aquel refugio habilitado por la caridad de Lucía Valcabado, como decía la placa de la puerta, para dar ‘pan y lumbre’ a los menesterosos.

No voy a fabricar un miserere con aquella memoria de silbidos del tren ya anochecido, que traía el aceite de estraperlo y se llevaba gallinas y embutidos. Ni de los atardeceres junto al río para pescar los barbos de la cena. Y tampoco de las largas tardes de domingo releendo tebeos de aventuras, mientras la madre repasa en su revista las gracias recibidas por la gloriosa intercesión de San Antonio, o se lamenta por el martirio cruel en Indochina del beato Valentín de Berriochoa. Una revista de papel posteta que se titula *El Pan de los Pobres*, a la que está suscrita y a la que envía peticiones de salud para la abuela junto al óbolo que luego se refleja en la sección de ‘Limosnas recibidas’. Son retazos de la crónica de lo caduco, de lo efímero, de lo que nunca más ha de volver, ni a envolvernos en sus recuerdos sin aristas, en sus apacibles horas de ensueños solitarios, fantasías sin base, edificios de aire y casas de humo.

Todo aquello, con cantares de siegas y de trillas, los juegos infantiles en la plaza, los padres afanosos en los campos, las madres en la misa y la novena, los maestros ganando una perrillas por dar las permanencias a los mozos, campanas que anuncian defunciones y pregones alegres porque ha llegado el circo, con funciones de noche en el trinquete. Todo aquello era el tiempo interminable en que estaban tasadas las labores y los ratos de asueto y el descanso. Era el tiempo en que nos colgaban del cuello escapularios de la Virgen del Carmen para evitar que el maligno metiera en nuestra alma la simiente de la cizaña; el

tiempo en que podíamos sacar la bula de la Santa Cruzada para eximir a la familia de la prohibición de comer carne durante la Cuaresma. Y veo ahora en un viejo cajón de mi memoria aquellos pliegos de papel de barba en la sacristía de la iglesia, por donde desfilaban las mujeres para pagar el estipendio obligado y llevarse a casa el papelón en el que, escrito con grandes caracteres, se leía: “Nos doctor don Enrique, del Título de San Pedro In Montorio, Presbítero de la Santa Iglesia Romana Cardenal Plá y Deniel, por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas y Comisario General Apostólico de la Bula de Cruzada...”, encabezamiento al que seguía un texto de letra menuda que a nosotros se nos hacía indescifrable.

En aquella sociedad meseteña, pobre y orgullosa, transcurría la vida rutinaria que iba marcando el calendario. Con arados romanos y yuntas de mulos se arañaban barbechos, se labraban majuelos, se trillaba la mies. Se procesionaban santos para pedir la lluvia, se oía misa todos los domingos y fiestas de guardar, se amasaban hogazas para ayudar al maestro en su subsistencia, se bailaban pasodobles en las fiestas y se cantaba el miserere en Viernes Santo. Llegada esta necesidad de repasar la vida ya gastada y el mundo fenecido, me encuentro con la cama del obispo que la abuela guardaba en el desván y que había heredado de su abuela. Tener en propiedad una cama en la que había dormido el señor obispo de Osma fue para ella como poseer las llaves del cielo. Conservaba en un cajón de su cómoda las sábanas y la colcha que acogieron el sueño de Su Eminencia, y que nadie de la familia volvió a usar. La posesión de aquellas reliquias era para ella su pasaporte hacia el cielo, y les daba más valor que a la Sábana Santa de Turín, al

Santo Rostro de Jaén, o al mantel de la Santa Cena que conserva en su museo la catedral de Coria.

Es el peligro que traen estas cosas. Que nos ponemos a hurgar en novenarios, sacristías, misales y latines y nos encontramos con todo un mundo mágico de reliquias y trisagios, envuelto en la fe sencilla y remota, que nos vino a esta tierra, generosa en sangre y tacaña en agua, tras las guerras de los Escipiones y Perpennas, a lomos de leyendas, desde los campos de Palestina. El paso de los siglos fue ahormando reglas, costumbres, cánones y dicasterios que velaban para evitarnos las penas del infierno. Monasterios, ermitas, iglesias y conventos fueron llenándose de exvotos y reliquias, a las que la fe atribuía poderes milagrosos. No todo templo podía tener un 'lignum crucis' o un trozo de la mandíbula de San Juan, pero sí llegaba hasta el más remoto rincón un pequeño pedazo de la tela que en su tiempo había cubierto el cuerpo de un santo, una virgen, un mártir o un beato. También mi madre logró, por su constancia en la suscripción a *El Pan de los Pobres*, un mínimo trozo del hábito de aquel Valentín de Berriochoa, decapitado en Vietnam por defender su fe. Las remembranzas de esta simple credulidad, fruto de los tiempos oscuros, producen una cierta ternura al recordarlas. Pero cuando notamos que aquellos pocos hilos de estameña han sido permutados por burdos remedios-milagro anunciados en los actuales medios de comunicación, o visitas y consultas a videntes y santones, obligado es constatar que algo anda mal en este tiempo de cimientos de barro y torres de arena que se nos antojaba más maduro.

El viento de los años se llevó aquella vida y sus afanes, aunque no podamos precisar cuándo comenzó el derrumbe

y cuánto duró la agonía. Pero en algún momento empezó a moverse el tiempo. Más o menos cuando el profesor de Latín nos enseñaba a traducir a Horacio. “Si fractus illabatur orbis impavidum ferient ruinae”. Asistimos impasibles al desplome del mundo que se hundía, aunque no adoptáramos aquella impavidez y estoicismo por seguir los consejos del poeta que poco después nos animaba a gozar del momento presente, sino por pura ignorancia. Y desapareció en las cloacas del pasado un estilo de vida que provenía de la noche de los tiempos. Arrastró en su caída al último latín hablado, que celosamente había guardado la Iglesia, y ella misma lo desterró de sus templos porque llegaron aires de ‘aggiornamiento’. Así sucumbió nuestra lengua madre, que había sido el armazón de Europa y que hasta el siglo pasado servía a los ciudadanos de la Cristiandad para entrar a la vida y salir de este mundo. De aquel modo de vida que llevaba siglos dando vueltas al tiempo, mientras el tiempo lo cercaba, que se reproducía como las estaciones del año y el calendario festivo, como la flor en los cerezos y el cálido vagido del recental en el aprisco, apenas quedan en estos días unos pocos vestigios que permanecen en comarcas aisladas, a donde no han llegado aún los dinamiteros de la tradición.

Volvimos por entonces a escuchar de madrugada el silbido del tren, que ya no traía aceite y azúcar de estraperlo, sino que se llevaba jirones de vidas rotas junto a un montón de maletas y paquetes liados con cuerdas en los que habían metido sus pocas pertenencias y sus muchos recuerdos. También esperaban en el andén, con el viento racheado del adiós, vidas jóvenes cuyo único equipaje eran sus sueños. Ni los herederos espirituales de Fray Luis de

León ni de Horacio, con sus ‘*beatus ille*’, ni tampoco del intrigante obispo de Guadix y Mondoñedo fray Antonio de Guevara con su *Menosprecio de Corte y alabanza de aldea* pudieron retener a aquella juventud que anhelaba horizontes más abiertos, ciudades más pobladas, nuevos lugares de evasión y más centros de trabajo; todo eso que resumían en “abrirse paso en la vida hacia un mundo mejor”.

Por aquellos viajes sin billete de vuelta, en busca de una tierra de promisión nunca alcanzada, muchos nos percatamos de que nuestro mundo era más ancho, más ajeno, más ignoto, y que teníamos la obligación moral de conocerlo. En ese mundo estaba este país, lleno de cicatrices, con llagas ya cerradas y otras aún abiertas, con una historia cruel y atormentada. Venimos del horrendo pecado de guerras fratricidas, avezados caínes desde los prerromanos. La madre de todas las batallas aquí tuvo su asiento, con espantos de rabia y mezquindades a espuestas. Algaradas, saqueos, alborotos. Incursiones, batidas, degollinas sin cuento y sin cuartel. Amores imposibles, emboscadas, raptos y celadas. Una guerra de siglos sin final, con falcatas y lanzas en su origen, con alfanjes y espadas, con derviches y ulemas o monjes estrategas y guerreros temerarios, emires caprichosos y nobles fanfarrones. Visires, condestables, condes, duques, reyes bastardos y príncipes destronados, que llenaron los viejos cronicones con sus vidas y hazañas, habían cubierto de gloria y luto lo que los historiadores románticos llamaban el solar patrio.

De aquellos terremotos y avatares destacan dos conflictos que forjaron la historia, apellidada Moderna: La Guerra de Granada y la Guerra de las Comunidades, dos contiendas románticas y deformadas por los vencedores;

dos de los muchos costurones que han forjado, a veces muy a su pesar, la historia de estos campos por donde vaga, desde la noche de los tiempos, la sombra de Caín que vio Machado. Y esta heredad de mansos palomares y buitreras, de nidos de cigüeñas y charcas malolientes, de choperas, carrascos y encinares, de olivos, de tabaco y de pinares, de cantares de gesta y envidias amarillas, se ha ido agotando en luchas fratricidas, en polémicas aldeanas, en diatribas estériles, para las que no se encuentra una vía muerta donde dejarlas aparcadas a la espera de que el relente de las nuevas madrugadas las vaya oxidando hasta que queden inservibles. Forman como un sarcoma contra el que se han quebrado los bisturíes de los cirujanos de hierro que de tarde en tarde aparecen con el ropaje de Ángel Ganivet o Miguel de Unamuno, de Lucas Mallada o Joaquín Costa; de Zubiri, Morente, Ortega, Marías..., de estos Alonsos Quijanos que se han esforzado y se esfuerzan por insuflar vida –cuando los medios de comunicación les abren un hueco– al pensamiento plano de una sociedad adocenada, que sólo se despierta ante el ruido del oro, la voz de la mangancia, la ambición del pelotazo, la envidia hacia quien se esfuerza y destaca, o los enredos de la picaresca, que son en definitiva los que han pasado a ser el vademécum con el que ir sorteando los badenes por los que arrastramos el paso de los días.

Apagados los velones de la decencia, de la honestidad, del esfuerzo y de la ética, la vida intelectual se ha empobrecido tanto que la inquietud por el saber se ha refugiado en las citas literarias y los pensamientos filosóficos que nos ofrecen los sobres de los azucarillos para el café matinal o el té de media tarde. No es que nos haya sorprendido

el hundimiento de la Sociedad del Bienestar, es que nunca hubo tal mundo. No era nuestra seña de identidad obrar y trabajar para subirnos al carro de la prosperidad, sino subirnos al carro si conseguíamos que otro laborase en nuestro lugar. Aquí siempre han abundado los pícaros, que crecen en tiempo de penurias, y apenas quedan ya aquellos místicos, paladines e hidalgos que vieron Fernand Braudel, Américo Castro, Marcel Bataillon o Claudio Sánchez Albornoz. Ahora nos toca asumir el estupor y la sorpresa al ver cómo se derrumba un mundo que iba a sacudir todas las ataduras morales, todos los anclajes con la historia, todo un estilo de vida que veníamos arrastrando desde la edad remota y se aprestaba a laminar todo vestigio de irracionalidad escondido en religiones, costumbres, tradiciones y banderas.

Por un momento creímos que iban a desaparecer los nacionalismos y la mentalidad aldeana, que al ciudadano que abandonaba su cama a las siete de la mañana comenzaban a preocuparle los mismos problemas ya recibiese la caricia del sol en Gdansk o en Palermo, en Oporto o Budapest, en Granada o en Estocolmo. Era como si el espíritu de los europeístas que venían alimentando la llama de Erasmo desde hace quinientos años hubiese comenzado a fructificar. Y así pudo parecer a algunos iluminados. Así parecía ser en el primer mundo, en la Europa que se imaginaba a sí misma ya uniforme, limando fronteras, exportando democracia, tendiendo redes económicas, modernizando carreteras y racionalizando la agricultura. Pero eso no llegó a regir en este país, ni en este rincón nazarí, que lleva siglos lamiéndose sus heridas.

Este mal de la piedra, que asuela los cimientos de la nación, no es privativo nuestro. Es el modo peculiar de vida

que forma parte de la herencia cultural de los pueblos mediterráneos. Desde aquellos aqueos que engañaron a Príamo con el caballo de Troya hasta la turbiedad que envuelve a los partidos políticos, desde la venta de reliquias a los reyes francos por comerciantes griegos de Constantinopla hasta la ‘tangentópolis’ italiana, no hay sino un largo camino, o mejor, un estilo de vida que como el estiércol sirve de sustento a la sociedad. No podemos caer en la trampa saducea de arrojar nuestros dardos sobre la podredumbre de la clase política, porque es sólo una pequeña proporción de esta calamidad. La descomposición toca a toda la sociedad, a todos los medios y a todos los tiempos.

Desde que amanece, a todas horas, alguien nos informa de nuevos descubrimientos, de modernos artefactos que nos van a simplificar la vida, de adelantos tecnológicos que nos librarán de servidumbres milenarias, de inundaciones mortales y de horribos naufragios, de hirientes hambrunas y de escándalos políticos, de polémicas estériles y proyectos imposibles. Y todas las tardes, en este Oficio de Vísperas, al repasar el día sentimos que vivimos en la era de la información completamente desinformados. Las noticias, los rumores, los infundios, los chismes, las patrañas, las declaraciones, las confidencias forman una batahola, una algarabía mental que nos impide la serena reflexión y el raciocinio. El torrente de información que, antes de la aparición de este tiempo que declina, se iba articulando y ensamblando por los profesionales de los medios, nos llega ahora desde cientos de canales, embrollado y confuso.

Los medios, y la sociedad en general, han aceptado como mal necesario tal estado de cosas que está propiciando la agonía de la profesión periodística. Aquella fortaleza de

este cuarto poder, aquellos complicados entramados de sensibilidades distintas, opiniones contrapuestas, estilos diferentes, análisis críticos y humor sarcástico, todo ello bajo el paraguas de la independencia, de la que cuidaban directores y redactores-jefes con un sentido de veneración y entrega mayor que el que han tenido los sacerdotes de cualquier religión hacia el Ser Supremo, todo aquello corre el peligro de ser arrastrado por la misma ola que antes había empapado la arena, con la que aquellos iluminados construyeron este castillo. La prensa tiene que dar un nuevo impulso a su cometido de comentarista y analizadora de la realidad: esa misión de guía que le demandaban y demandan los lectores, y reconducir, en un ejercicio de decencia moral, esa aceña que ha abierto en su propio edificio a través de las ventanas de los opinadores espontáneos, por la que llega una avalancha de simplezas y rencores, fruto de ganapanes que se convierten en predicadores de frontera, misioneros de vicios y pasiones, inquisidores de la tradición y jueces de tribunales populistas y demagogos. Dice Umberto Eco que “Internet es como la vida, donde te encuentras personas inteligentísimas y cretinas. En Internet está todo el saber, pero también todo su contrario (la ignorancia), y esa es la tragedia”.

Cuando está a punto de zozobrar la barcaza en la que navegamos y cuando a cada hora que pasa vemos cómo se difumina la línea de la costa, que creíamos sólida, nos sumerge en los océanos de la inquietud no saber con certeza si avanzamos hacia un nuevo siglo de las luces o hacia una nueva esclavitud. El oleaje de la perplejidad y el rebalaje de las suspicacias propician el sentimiento de pérdida del libre albedrío, de la capacidad de raciocinio,

ante esta tolvenera de teclas y pulsaciones con la que nos comunicamos como autómatas con las yemas de los dedos, olvidando la armonía de la palabra hablada, discutida, razonada. En esta hora del ocaso muestran toda su grandeza los periodistas que aguantan en el bastión filipino de Baler o tras las murallas carbonizadas de Numancia defendiendo su independencia, frente a los invasores que pretenden atrapar hasta nuestro subconsciente.

El Oficio de Vísperas va tocando a su fin e intuyo que me he dejado arrastrar por la nostalgia hacia los meandros donde habitan las ranas de la infancia y los peces indolentes de la añoranza, o por las aguas calientes en las que navega Maqrol el Gaviero, entre los amores de Iona y Larissa. He sacado de la patria de la niñez a aquel niño que Miguel Delibes vio en cualquiera de los pequeños pueblos castellanos y que bautizó como Daniel el Mochuelo o Roque el Moñigo. Puede parecer un sentimiento otoñal y derrotista, que ha olvidado el repaso obligado de la obra de Larra y de Clarín, de Roque Barcia o Julián Juderías, de Carmen de Burgos, Ciro Bayo o César Silió. Han debido aparecer en este escrito los nombres y citas de Julio Camba, Chaves Nogales, Paco Umbral, Manuel Vicent, González Ruano, Zamora Vicente, Vázquez Montalbán, Antonio Burgos, Ignacio Camacho, o Cándido, Campmany o Millás. Y, por supuesto, debería haber dejado constancia de la enorme contribución de los periodistas y escritores granadinos en pro de una sociedad más justa, más independiente, más libre y más afable. Una inmensa nómina desde Pedro Antonio de Alarcón, los Seco de Lucena, Francisco Ayala, Melchor Almagro, Mesa de León o Antonio Gallego Morell hasta los viejos compañeros de *Ideal* que me guiaron en

esta profesión cuando llegué a Granada de becario hace más de cuarenta años, pero se me iban a olvidar cientos de nombres. Todos ellos ocupan un lugar en la historia de esta profesión, como lo ocupan, de manera preferente, en mi memoria. Pero sí es obligado reconocer que todos ellos ejercieron el verdadero periodismo –ese oficio sublime y canalla que da vida al papel todas las madrugadas– y que nada tienen que ver con los predicadores y salvapatrias a los que sigue una inmensa multitud sin darse cuenta de que los llevan hacia la granja de Orwell.

El Oficio de Vísperas anuda nostalgias y promesas, temores y esperanzas, el sol azafranado de la muerte de Osiris y la promesa del alba azul de los Maitines. El tiempo seguirá girando sobre equinoccios y solsticios y el hombre cambiará otra vez su sistema de vida amoldándose a los nuevos tiempos. Mientras llega el día, permítanme que recuerde a mi admirada Natalie Wood, recitando unos versos de la Oda a la Inmortalidad de William Wordsworth:

*Aunque mis ojos ya no
puedan ver ese puro destello
que en mi juventud me deslumbraba,
aunque nada pueda hacer
volver la hora del esplendor en la hierba,
de la gloria en las flores,
no debemos afligirnos,
porque la belleza subsiste siempre en el recuerdo.*

Muchas gracias.

ESTEBAN DE LAS HERAS BALBÁS
San Martín de Rubiales (Burgos), 1945

Licenciado en Periodismo (1971) y en Filosofía y Letras (Sección de Historia y Geografía) (1979) por la Universidad Complutense. Premio ‘Pedro Antonio de Alarcón’ y ‘Seco de Lucena’ por la Asociación de la Prensa de Granada.

Su vida profesional ha estado ligada al periódico IDEAL, del que fue subdirector desde 1985 a 2008. En su larga trayectoria como periodista ha vivido en primera persona los últimos 38 años de IDEAL y ha trabajado en todas las secciones del periódico, desde el reportero de sus primeros años hasta la etapa de subdirector.

Como historiador coordinó numerosos suplementos especiales editorados por IDEAL con motivo de efemérides granadinas, como los centenarios de Ganivet y Lorca, los 500 años de la incorporación del Reino de Granada a la Corona de los Reyes Católicos, el V Centenario del nacimiento de Carlos V, la muerte de la reina Isabel la Católica, etc. Precisamente sobre esta última conmemoración promovió la edición facsimilar del Testamento de la Reina Católica, que se conserva en el archivo de Simancas, por lo que obtuvo el reconocimiento oficial de la Real Academia de la Historia. También coordinó el suplemento de los 75 años de IDEAL, un ejemplar de más de 400 páginas, en el que se repasaba la historia reciente de Granada a través del archivo gráfico del periódico y en el que colaboraron 75 prestigiosas firmas de escritores granadinos o vinculados a Granada, que evocaban cada uno de estos 75 años de vida del diario y los avatares de Granada en este periodo de tiempo.

Hasta finales de 2008 fue el responsable de Opinión del periódico IDEAL, donde actualmente escribe una columna semanal, que se publica los domingos bajo el título de Puerta Real.

En 1980 fue director de la Hoja del Lunes.

En 2009 dirigió el Centro de Estudios Periodísticos de la Fundación Andaluza de la Prensa y fue coordinador de su Aula de Cultura.

Desde hace tres años dirige la revista ‘Cuadernos de la tarde’, que edita el Gabinete de Calidad de Vida y Envejecimiento de la Universidad de Granada.

Bibliografía

- “Memoria de Juan Martín, El Empecinado”. *El Dominical*. 1974.
- “Mujeres en la vida del Emperador.” *Monográfico de IDEAL sobre Carlos V*. 2000.
- “Última visita”. *Granada en cuento*. Dauro. 2002.
- “Verano del 70”. *Sólo de amigos. Homenaje al poeta José G. Ladrón de Guevara*. Dauro. 2005.
- “Y cerraron la pobrera”. *EntreRíos*, 2006.
- “Bustos, la crónica del alma”. *Ayer y siempre. Testimonios en homenaje a Juan Bustos*. Asociación de la Prensa. 2008.
- Días de Romero y Oro*. Granada, Folio Granada. 2009.
- Fondo de almario*. Granada, Ámbito Cultural. 2010.
- “El garillo”. *Cuentos del Vino*. Editorial Cylea. 2013.

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON JACINTO S. MARTÍN MARTÍN

Excmo. Sr. Presidente
Excmos. e Ilmos. Sres. y Sras. Académicos
Señoras y Señores:

Con la entrada en la Academia de Buenas Letras de Granada de Esteban de las Heras Balbás el periodismo literario enriquece a nuestra institución. Esteban de las Heras, burgalés de San Martín de Rubiales, es licenciado en Periodismo y Geografía e Historia por la Universidad Complutense de Madrid. Periodista granadino desde 1971, ha sido subdirector del diario *Ideal* desde 1985 hasta 2008.

Su magnífico discurso de ingreso causa extrañeza poética desde el título *Oficio de Vísperas*, es decir, trabajo realizado tras la puesta del sol después del rezo del Ángelus. Es la sexta hora canónica, que comienza aproximadamente a las seis de la tarde. La división del día en siete partes proviene del siglo VI y tiene su origen en el Libro de los Salmos en el que se lee: “Siete veces al día te alabaré”. La connotación religiosa da así a su vocación periodística un sentido sagrado.

En este discurso de ingreso, así como en todos sus artículos de opinión parcialmente recogidos en su libro *Fondo de almarío*, recomendable por su alta calidad literaria, se aprecia el mestizaje genérico, en el que el discurso descriptivo-argumentativo se mezcla claramente con el discurso narrativo. Se impone este bajo la forma de microrrelato, texto al que Irene Andrés Suárez define como cuarto género narrativo, el eslabón más breve en la cadena de la narratividad, después de la novela, la novela corta y el cuento.

El nuevo género mixto de la columna se consagró definitivamente en España en 1996 cuando Francisco Umbral fue galardonado con el Príncipe de Asturias de las Letras. No sólo se premió al autor de *Mortal y rosa*, *Trilogía de Madrid* o *Leyenda del César visionario*, sino que se destacó, sobre todo, la calidad de su columna diaria como una permanente lección de arte verbal, y la excelencia de su estilo, capaz del vuelco lírico y la sátira contundente.

El Umbral de *Los placeres y los días* es, por antonomasia, la creatividad léxica, la consagración literaria del lenguaje vulgar, el lenguaje como subversión.

Recordemos algunos hallazgos geniales: “En casa del pobre siempre huele a medicina”, “El pollo es la metáfora popular del hambre nacional”, “Las Palmas es un lándar alemán con camellos”, “Lagarto, lubina de secano, rúbrica verde de Dios en la piedra”, “La Condesa de Chinchón, nuestra Gioconda fea”...

Esta es la forma que se ha impuesto en los artículos de opinión. En ABC García Barbeito deleita con una prosa poética en la que podemos leer: “al amanecer, donde había estado montado el sol, unas florecillas abrieron sus botones y la mañana estrenó camisa” o “la criatura transparente del río era un diario con ortografía de peces.”

También en ABC de Sevilla se aprecia el costumbrismo sevillano de Antonio Burgos, que ofrece una ejemplar lección de Literatura Española en su artículo del 16 de enero de 1998 titulado “Sanchez Mejías, con la Generación del 27”.

Manuel Alcántara, el maestro malagueño, afirma que se está viviendo un gran momento del articulismo español. Alcántara, para quien la poesía es el género supremo, no sólo ennoblecó sus columnas con el conocimiento de la

mejor literatura, sino que llevó a sus escritos temas variados, como por ejemplo el boxeo del que era un gran especialista.

Hay diez o doce excelentes prosistas en el periodismo de los siglos XX-XXI, opina el escritor malagueño. Estos, con la dificultad añadida de la actualidad, deben salpimentar la noticia con la poesía, que es intemporal.

Don Esteban de las Heras Albás es uno de los grandes articulistas junto con, por ejemplo, César González Ruano, Alcántara, Umbral, Barbeito, Burgos, Juan José Millás, Manuel Vicent, José Luis Alvite, Raúl del Pozo, Ignacio Camacho o Martín Ferrand, quien durante años remedió soledades con su “Hora 25”.

El periodista burgalés-granadino domina el juego literario del texto que se debate en la antítesis de un pasado rescatado en endecasílabos (“con la flor del almendro como escarcha/ y el olor del romero en el ambiente”) y un presente de macrobotellones, políticos “barcenados” y “eremitas” y pobres genuflexos. Frente a la tradición de los huesos de santo, la murga cutre del forastero Halloween. Frente a la poética llegada de las cigüeñas al nacer febrero, la permanencia de las mismas que quiebra la nostalgia alimentándose en los vertederos hasta convertirse en bolsas de basuras volantes.

La mayor parte de sus artículos son contrarios adverbiales, entre un “no ya” ennoblecido y un “ahora” soportado, que crean una prosa poética tan rica como la de Gabriel Miró, la de Muñoz Rojas o la de Juan Ramón Jiménez.

Junto a la antítesis pasado-presente, el incierto porvenir, el temido “tramo de silencio que aún no ha hecho ruido”, un futuro imperfecto sometido por el quinto poder, el de

los nuevos fenómenos sociales surgidos en torno a la red de Internet.

A Internet, como ocurrió con la letra impresa, se le concede el valor de la infalibilidad. No es un medio inocente. La mayor información no garantiza que lo ofrecido sea veraz. La alfabetización distraída lo llama Umberto Eco. De la novela hemos pasado a la novela corta; de ésta, al cuento; del cuento al microrrelato. Esta *sudden fiction* o *flash fiction* debe defenderse ante la “literatura de azucarillo”, puesta de moda en una suerte de enorgullecimiento de la ignorancia mientras tomamos un té.

Y sin embargo todos los materiales pueden ser utilizables. En el relato corto “Redes”, Juan Gracia Armendáriz nos narra: *Una noche soñé que papá me escribió un SMS. Decía “Luis, toi solo... xq no vienes a vrme?”(...) Al llegar a la oficina, encendí el ordenador y busqué en internet una florería. Encargué un ramo de flores, di la dirección del camposanto y el número del panteón familiar. (...) Desde entonces recibo multitud de mensajes, pero no de papá, sino de desconocidos. Y todos comienzan del mismo modo: “Luis, toi solo...”*

Entre un pasado melancólico, un presente soportable y un futuro incierto, el periodista de las Heras nunca olvidó nada de lo que habían visto sus ojos. Su obra se ancla en el recuerdo. Los griegos le llamaban a los poetas “retornos” y Esteban de las Heras es un griego, es la memoria, las vivencias pasadas por el tamiz del arte de una prosa creativa en libertad. Afirma George Frederick Will, periodista en *The Washington Post*, que un columnista está obligado a utilizar la libertad. Ese es su trabajo. Su pensamiento, es decir, su personalidad, debe expresarse en lo que haga. El

columnista es un artista con una particular forma de ver la realidad, con un estilo insobornable.

El estilo de Esteban de las Heras es el de un escritor libre, insobornable, prudente, perfecto conocedor de la técnica literaria que aplica al paraíso de la infancia y al paisaje de Castilla del mejor Delibes.

Mientras el “ubi sunt” resuena como tambor hueco, el maestro de las Heras, a veces, se oculta entre sus versos y los prosifica horizontándolos: “mantiene la pereza en los relojes”, “agosto congeló en la madrugada”, “otra vez son arena los castillos”, “colgado de la lluvia llega el miedo”. También las greguerías adornan sus textos: “febrero, el acné juvenil del calendario”. A veces se desgrana una amorosa letanía a la figura de la madre: “la que todo lo sabe”, “la que nunca se cansa”, “la que siempre agradece”... En ocasiones, una silva ocupa el párrafo final del artículo.

En “El pan y el parte”, su prosa poética alcanza las más altas cimas. Y siempre el permanente zarpazo de la nostalgia en la que se agranda el retrato ejemplar del padre. En su artículo “Otros perdedores” nos dice: *Me quedo con tu ejemplo, tus consejos, tu entereza... y mira qué te digo, yo creo que perder es siempre bueno, si te acuestas tranquilo por la noche y ves feliz el sol cuando amanece, porque seguimos vivos.*

Felicito a mis compañeros por el acierto en la elección de un magnífico escritor y deseo desde hoy igualarme con el nuevo académico en su magisterio literario y en su prudente inteligencia.

Paz a todos y muchas gracias.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada
el 18 de enero del año 2014,
en el CXLVII aniversario del nacimiento
del poeta modernista Rubén Darío,
en Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S.L.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. José Rienda,
Bibliotecario de la Academia

Granada,
MMXIV